

## ANTONIO GADES

Cuando a principios de siglo se pretendió crear un auténtico ballet español, casi todas nuestras danzas populares se mantenían normalmente sujetas a su más sobrio y tradicional mundo expresivo, sin acusar apenas el influjo de las tendencias coreográficas vigentes entonces en el mundo. Sólo de una forma indirecta se había pretendido adaptar al sistema expresionista europeo ciertas espontáneas manifestaciones de nuestros bailes. Pero tal actitud no pasa de ser-en la mayoría de los casos- más que una tentativa incompleta: la intuición popular rara vez pudo supeditarse a la norma académica.

Al llegar a España, en 1915, los ballets rusos de Diaghileff, nuestros bailes experimentan una saludable inyección de vitalidad. Se aspira entonces a canalizar el estatismo de algunas danzas tradicionales según la dinámica lección proporcionada por Diaghileff. Ciertos coreógrafos se plantean entonces seriamente la creación de algo aún inédito: un verdadero ballet nacional. Y acuden a la música que mejor podía apoyar esas aspiraciones. Los ejemplos de "El sombrero de tres picos", "El amor brujo", o "El corregidor y la molinera", son suficientemente expresivos a este respecto. La obra de Falla reunía todos los elementos artísticos necesarios para orientar la entraña del baile popular dentro de las exigencias de una representación escénica. Pero los resultados, a pesar de algunos aislados y meritorios aciertos, no alcanzaron plenamente la meta propuesta. Los artificios del montaje, la excesiva preocupación por la técnica teatral, los formalismos interpretativos, impidieron esa perfecta y obligada adecuación entre la herencia popular y las conquistas cultas.

Con estos antecedentes, pienso que Antonio Gades es tal vez el único bailarín y -bailaor- español contemporáneo que con más válida y fervorosa integridad puede llevar a feliz término el camino anteriormente trazado. Al lado de sus admirables esfuerzos para ir aportando toda una serie de elementos claves en la constitución de un ballet nacional, ha devuelto a muchas danzas tradicionales -y a muchos bailes andaluces- su más pura y antigua significación popular.

Gades no se ha propuesto la búsqueda de ninguna clase de innovaciones expresivas y adornos superfluos. Tampoco ha caído en el común peligro de las falsas e intelectualizadas estilizaciones. Su labor ha consistido exactamente en trasplantar la raíz comunicativa del pueblo al lenguaje culto de la danza. Gades debe saber que lo que él está realizando, con una honestidad y un sentido artístico ejemplares es despojar al baile español de sus ficticios ornamentos y de sus postizas adherencias. La simplicidad y la economía de recursos han sido su única norma posible. Y, paradójicamente, los síntomas de su modernidad de las interpretaciones son también las más eficaces muestras de su inteligente aprovechamiento de la tradición. El aparato escénico ha quedado reducido a lo estrictamente imprescindible: nada debe turbar la esquemática y a la vez enriquecedora representación de un determinado baile, es decir, de una determinada manifestación de la intimidad del pueblo. Cada uno de los bailes montados por Antonio Gades supone, dentro de la deliberada sobriedad de la coreografía, otros tanto valiosos -y ya insustituibles- experimento encaminados a la ordenación expresiva del ballet español. Por medio de la supresión de artificios decorativos, Gades ha logrado algo muy parecido a un conjunto de esquemas básicos para dar un engranaje definitivo a sus claras ideas de bailarín y coreógrafo. En la propia desnuda integridad de sus planteamientos reside su innegable grandeza. No han hecho falta grandes movimientos de figuras ni especiales efectos teatrales para que la danza narre, con absoluta lucidez, una patética e alborozada historia popular.

El más verídico y provechoso logro de Gades es el de haber

sabido incorporar a la delicadeza expresiva de la danza de escuela la furia trágica del flamenco. La elegancia del gesto, la concreta línea del braceo clásico, se interfieren con el frenesí abstracto del zapateado gitano-andaluz. En esta decisiva fusión de elementos cultos y populares reside el extraordinario acierto de quién, siendo el más universal de nuestros bailarines, es también el más integramente español de nuestros bailaores.

J.M. CABALLERO BONALD